

Primavera árabe, hacia una nueva esperanza

Yahia Belaskri

Primavera árabe, se dice. O se ha dicho. Aceptémoslo así. Una primavera que comenzó con las revueltas populares de diciembre de 2010, particularmente en Túnez. Una primavera que vio huir de este país a Ben Alí como un ladrón, con la cola entre piernas, para recalar en Arabia Saudita. Una primavera que vio a Hosni Mubarak comparecer en camilla ante un tribunal egipcio, para responder de sus actos criminales. Una primavera –ensombrecida por la manera como fue muerto– que vio a Gadafi acabar como «una rata», término con el que él mismo definía a su pueblo, después de haber sido derrotado y capturado como un vulgar bandido. Una primavera que vio a Ali Saleh abandonar el poder, aunque no sin resistencias. Una primavera, todavía, que ve a Bachar el Assad, ayer henchido, desdeñoso, hoy en grandes apuros y tal vez muy cerca de verse obligado a abandonar. Una primavera bahreiní también, reprimida con tanques –tanques sauditas– pero que aun así continúa. Una primavera marroquí con los indignados del 20 de febrero que han forzado al rey Mohamed VI a iniciar reformas, algunas de ellas de calado porque por ejemplo la nueva constitución ¡afirma los orígenes bereberes, árabes y judíos del país! Y las imágenes de la primavera. Unas imágenes interesantes, ¡sin duda! Llenas de dictadores ayer todopoderosos y hoy.... ¿Quién había previsto un final así?

Recordad, recordemos. El presidente de Túnez gobernaba –reinaba sería más adecuado– el país por medio del terror, lo tenía en un puño, había elevado el clientelismo y el nepotismo al rango de virtudes. Encarcelaba, torturaba, sofocaba cualquier voz discordante. Daba una imagen tranquilizadora de cara afuera, pero en el interior todo crujía.

Recordad, recordemos. El presidente Hosni Mubarak dirigía el país por la fuerza y la corrupción, la mayoría de la población vivía en precario, sectores enteros estaban en la miseria más abyecta, hasta el punto de que algunos disputaban el espacio a los muertos en los cementerios para alojarse. Pero Mubarak enriquecía sin miramientos a su familia, a sus colaboradores y a sus esbirros y se disponía a traspasar el poder a su hijo, como si fuese lo más normal del mundo.

Recordad, recordemos. Gadafi, el líder libio, el fantasmón revolucionario (?) que hizo de su país la irrisión del mundo, sin instituciones ni proyecto, y sin destino, que se dedicaba a lanzar arengas a pueblos y gobiernos, amenazando, reprimiendo, exiliando, asesinando –o dando las órdenes de hacerlo, da igual– a inocentes, ¡aunque fuesen a bordo de un avión civil!

Recordad, recordemos. Ali Saleh Abdallah, en el cargo desde hace más de treinta años (!), capaz de asaltar su país a sangre y fuego, resistiéndose a dejar el poder, haciendo malabarismos, jugando la carta de presentarse como dique de contención frente al terrorismo islamista.

Recordad, recordemos. La población de Bahrein que salió a la calle pacíficamente para exigir reformas y reconocimiento para los chífes, mayoritarios en el país pero totalmente excluidos.

¿Y qué decir de Bachar el Assad, que recibió el poder de manos de su sanguinario padre, como si fuese una monarquía hereditaria? Festejado y honrado durante mucho tiempo por la comunidad internacional, hoy es el verdugo de su pueblo, que muere en Homs, Alepo y tantos otros lugares.

Los otros no han aprendido la lección y disparan sobre sus pueblos, sembrando la muerte y la desolación, «acarician» con balas reales, saquean y destruyen la memoria de la gente. Sin tener en cuenta para nada la voluntad de los pueblos, que por fin se han levantado.

De Túnez a Egipto, de Libia a Yemen y Jordania, de Bahrein a Siria, de Marruecos a Argelia, surge un clamor, se alzan voces, y también barricadas. Un torrente de palabras lo inunda todo. Palabras de cólera, desde luego, pero también y sobre todo de esperanza. Gargantas que gritan, brazos que empuñan pancartas y carteles, manos que agitan banderas y estandartes, cabezas que se yerguen. Hombres y mujeres conjuntamente han dejado atrás los miedos y han desafiado las prohibiciones. «¡Fuera, vete!», han gritado y siguen clamando. «¡Fuera, vete!» dictador, poder, sistema. «¡Fuera, vete!»

En todas partes, en este mundo «árabe», las mujeres y los hombres han dicho y siguen diciendo: «¡fuera, vete!» Se acabaron las cabezas gachas, las espaldas dobladas, las manos tendidas, los cuerpos sumisos, los espíritus resignados. Se acabó escurrirse, intentar pasar desapercibidos y morir de amargura y de desesperación. Se acabaron las pateras que se tragan a la juventud, que se la llevan mar adentro, dejando destrozadas a las familias. Ha sonado la hora de la liberación. La hora de la dignidad, también. Cincuenta años de humillaciones, ¡desde las independencias! Cincuenta años de mentiras y de abusos. Los mismos años de heridas en los cuerpos –martirizados y mutilados– y de cicatrices en las almas traicionadas.

Un viento se ha levantado, no, ¡qué digo!, una tempestad que brama y arrambla con frustraciones acumuladas, humillaciones, fracasos reiterados, gemidos reprimidos, mutilaciones... una tempestad que se lleva por delante dictadores y visires, ministros y cortesanos, saqueadores y autócratas.

¿Qué decir de todos estos autócratas malhechores, que fueron intocables durante tanto tiempo y que hoy resultan patéticos? Sí, patéticos. ¿Qué decir de su arrogancia de ayer convertida hoy en ridícula pequeñez?

¿Qué decir hoy del hecho de que los partidos islamistas, a través del juego democrático, lleguen al poder en Túnez, en Egipto, en Libia, en Marruecos (aunque este país no ha conocido una revolución violenta) y –dentro de poco– en Argelia? Que hay que aceptar el veredicto de las urnas. Hablamos de sociedades fuertemente islamizadas, en las que la ideología wahabista se ha abierto paso desde hace mucho tiempo, como afirman los expertos de toda laya. A la sociedad civil le resta permanecer vigilante y ejercer el control que está previsto en las reglas democráticas.

¿Y en Argelia? En nombre de una revolución que ya se hizo, la Independencia (1954-1962), de una revuelta ya consumada (octubre de 1988), de una guerra civil (1992-2000) agotadora y traumatizante, el sistema ignora la advertencia y, envuelto en una legitimidad falsa porque es indebida, sigue distribuyendo prebendas y privilegios. Y sin embargo Argelia no podrá quedar al margen de la evolución actual, porque el viento no se ha aplacado y se acerca el huracán. Todos los días hombres y mujeres invocan el cambio en Argelia para evitar las desgracias que se ven venir. ¿Se les escuchará? Hay que confiar que así sea, pues la aspiración de los argelinos y argelinas a vivir libres es tan fuerte como en Túnez y otros lugares. Todos los días hay en el país disturbios, manifestaciones violentas, mutilaciones e inmolaciones. Todos los días hay jóvenes que poniendo en juego sus vidas se suben a embarcaciones de fortuna y huyen de su país. Los jóvenes de El Harrach –barrio popular situado al Este de Argel– han inventado este eslogan para caracterizar su desesperación: «Nosotros, que nuestros padres no nos necesitan para nada». Terrible afirmación que anuncia la derrota colectiva. Cada día es una prueba más para aquellos que nada tienen. La respuesta del poder es doble. Por una parte policial, por supuesto, como corresponde a un poder sordo a las reivindicaciones de sus hijos. Pero también, por otra, la redistribución de la renta a sectores cada vez más amplios para comprar la paz social y dividir a la sociedad. De esta guisa la desesperación de amplias capas de la población no se traduce en una contestación política real, organizada, fuerte. Hay multitud de partidos políticos y su fraccionamiento no permite la constitución de una alternativa creíble. El poder, en estas condiciones, perdura y trata de regenerarse.

Más allá del regocijo legítimo ante la caída de los dictadores árabes, se impone analizar con rigor el telón de fondo de todo este proceso, sus causas últimas. ¿Cómo se gestó y por qué ese marasmo general y generalizado en el mundo árabe-musulmán? ¿A qué se debió?

No hay duda de que las causas son numerosas, diversas, de orden social y económico, y asimismo de orden político. Pero también y sobre todo de orden cultural. Tal vez habría que analizar la evolución del mundo árabe (o árabe-bereber-musulmán) en la *longue durée*. Y en tal caso podríamos constatar que si la civilización

árabe-musulmana se expandió en un mundo en el que se habló árabe durante muchos siglos de Zaragoza a Samarcanda, en nuestros días el mundo árabe *stricto sensu*, integrado por 284 millones de habitantes, se encuentra en un estado de atonía y desagregación grave. ¡Júzguese si no! En el último milenio se tradujeron en esta vasta área menos de 10.000 obras al árabe, siendo así que en España se traduce esa misma cantidad ¡en un solo año! Si los árabes representan el 5% de la población mundial, solo aportan el 1% de la producción de libros en el mundo. La tirada de un éxito de ventas, en fin, no supera los 5.000 ejemplares.¹ Estos pocos datos son en verdad alucinantes y dan cuenta por sí mismos de la dimensión del atraso acumulado. Preguntarse por las razones del declive de la civilización árabe-bereber-musulmana lleva a plantearse la cuestión del papel de la religión en estas sociedades. Para el intelectual argelino Rachid Aous el núcleo es «la dogmática islámica» de la que El Corán «considerado como palabra divina transmitida al profeta Mahoma por el arcángel Gabriel (...) es el pilar central».² Señala asimismo que los fundamentos teológico-filosóficos del islam (...) se fijaron oficialmente a partir de la imposición del dogma del Corán increado» –bajo el reinado del califa Al Mutawakkil (847-861)– pues previamente la escuela de los *Mutazila* (los separados), aparecida en Basora (Irak) a mediados del siglo VIII, preconizaba el dogma del «Corán creado» es decir «la adopción de un pensamiento racionalizante».

Analizando ampliamente las razones del declive de la civilización árabe-musulmana, el autor no apela a un reformismo, sea el que fuere –la vuelta al *mutazilismo*, el *sufismo* o la *Nahda*–, sino a una «ruptura radical en relación al conjunto del pensamiento monolítico islámico», entendida como una «vigilancia crítica», un distanciamiento necesario, imperativo, porque permitiría «el arraigo de los valores humanistas y de los principios de la democracia política».

Decir esto es políticamente incorrecto y sin embargo esa ruptura no implica que el musulmán deba abandonar o renegar de su fe, sino practicarla «en su sola dimensión de espiritualidad metafísica, es decir, una práctica sin pretensión de gobierno de las conciencias humanas». Ahora bien, esa ruptura implicaría para las elites (musulmanas) «desafiar el terrorismo ideológico de la casta de los religiosos, controlada por los gobiernos árabes...», única vía para reformar «el monolito islámico... un sistema ideológico y político cerrado y refractario a toda evolución» que deberá ser «públicamente impugnado y rigurosamente desconstruido desde dentro y desde fuera». De esta forma la religión sería un asunto personal entre el creyente y Dios y cesaría por tanto su instrumentalización por los gobiernos. Si la religión renuncia a dirigir las conciencias de los hombres, el ser árabe se expandirá y florecerá, liberado de la capa de plomo que lo inhibe y lo paraliza.

¿Qué podría decir o hacer, así pues, un novelista como yo? Nada. Nada, salvo escribir para dar voz a los míos, reducidos al mutismo tanto en vida como en la muerte. Nada, salvo palabras alineadas sobre una hoja para que se escuche el lamento de los olvidados. Aquellos que derrotados, maltratados y humillados, han dejado de esperar y de soñar.

De esta suerte finalmente hemos dejado a nuestras madres y salido afuera. Hemos dejado a nuestras hermanas y hemos agarrado fuerte a nuestras hijas. Hemos dejado a nuestros hermanos y nos hemos fundido con nuestros hijos. Hemos abandonado nuestra tierra y sus cementerios. Hemos huido de nuestra derrota y hemos hincado la rodilla en tierra. No hemos enterrado a la madre ni al padre; hemos dejado atrás las ilusiones. No hemos enterrado a hermanos ni a hermanas; hemos hecho el duelo de nuestros sueños y asumido todos los sufrimientos.

¿Y vosotros? Vosotros habéis tomado nuestros cuerpos y los habéis flagelado. Habéis cogido nuestras manos y las habéis atado. Habéis cogido nuestras piernas y las habéis amarrado. Habéis tomado nuestras bocas y las habéis sellado. Habéis cogido nuestros corazones y los habéis estrujado. Nos habéis agarrado por el vientre para hacer un gran vacío en él. Habéis tomado nuestras vidas y jugado con nuestros anhelos. Habéis tomado nuestras aspiraciones y las habéis triturado. Os habéis hecho con nuestro aire y lo habéis ensuciado. Habéis cogido nuestras palabras y las habéis pervertido. Nos habéis quitado la palabra e insuflado el odio en las venas. Habéis asustado a los débiles y aterrorizado a los poetas.

¿Y qué queda de todo ello? Quedan vuestras mentiras como otras tantas heridas que curar. Quedan vuestros mitos en nuestra memoria como otras tantas dagas clavadas. Quedan las cicatrices que nos habéis causado. Quedan vuestras picaduras en nuestras espaldas doloridas. Queda el oprobio que nos habéis infligido. Quedan los gemidos en las gargantas traicionadas.

¿Y el porvenir? El provenir ni se escribe ni se reinventa. El porvenir se hace y lo harán ellos. ¿Ellos, quienes? Los que con rabia y con ira, gritan, ululan y eructan. Los que denuncian en voz alta la injusticia y se ven como inmigrantes clandestinos huyendo de la miseria. Quieren devorar la vida porque son jóvenes y quieren vivir. Vivir libres y dignos, sin vosotros, sin vuestra pretendida legitimidad. Sin ataduras, sin vuestras ataduras.

¿Primavera? Sin duda, una primavera que ignora el ciclo normal de las estaciones y no quiere dejar paso al otoño de las quimeras y menos aún al rudo invierno de los predadores. Primavera sonora, vociferante, que se ha de renovar permanentemente para acabar con el maltrato y con las humillaciones.

Traducción de Jaume Soler

NOTAS

- 1 Véase el Informe del Fondo Árabe para el Desarrollo Económico y Social, Ammán (Jordania), 23 octubre 2003.
- 2 Rachid Aous, *Aux origines du déclin de la civilisation arabo-musulmane*, París, Eds. El Ouns, 2010.

.....
 YAHIA BELASKRI es novelista argelino.